

ni se me ocurrió temer al contagio. He mostrado indiferencia ante los peligros, y no falta algún amigo mío que diga que tengo pelos en la entraña. El testimonio de mi conciencia grita que no soy apocado.

Y, sin embargo, esto es miedo, miedo vil; no falta ningún síntoma: ni el castañeteo de dientes, ni el sudor helado, ni el zumbido de oídos, ni las desordenadas palpitaciones del corazón, que súbito se detiene como si fuese a dejar de latir.

El reloj, guardado en la mesa de noche, teje con regularidad rítmica su tic-tac menudo, y mi sangre, cuajada ó arrebatada violentamente por la alteración del miedo, da un vuelco más fuerte que todos, y se precipita torrencial, causandome una especie de congestión. Es que detrás de mí he sentido, ya claramente, un respirar lento, un hálito de fatiga, un soplo perceptible, y me encojo, y no acierto á incorporarme, y permanezco así, oyendo siempre el respiro del *otro mundo*, que en ondas largas, sutiles, me envuelve...

Me he consultado. «Viaje usted, haga ejercicio, coma cosas nutritivas; eso es efecto no más de los nervios y la imaginación.» ¡Como si los nervios y la imaginación no formasen parte de nosotros! ¡Como si supiésemos lo que esas palabras,—nervios, imaginación,—quieren decir!

He viajado; mi viaje ha durado tres meses. En las habitaciones de las fondas, infaliblemente, cada noche me ha visitado el mismo terror; he percibido detrás de mí, en acecho, al mismo sér, que no puedo nombrar ni calificar, pues no

tengo ni remota idea de su forma: ignoro de dónde viene. Sólo sé que está allí, que su aliento sepulcral me roza la cara, que penetra hasta mis tuétanos, que vierte en ellos ponzoña.

Una noche, en un acceso de rabia, cogí mi revólver y disparé hacia atrás, donde sentía el hálito maldito. Acudió gente; pretexté miedo á ladrones. ¿Cómo explicar? No entenderían...»

.....
«Y es preciso que esto termine,—decía una de las últimas hojas del diario.—Me volveré loco, porque después del disparo he vuelto á oír la respiración, he vuelto á comprender que había *alguien*, y es imposible resistir tanto tiempo un suplicio que ni puedo confesar.»

Sin duda, después de emborrionada esta página, el miedo insuperable hizo su oficio, y Federico Molina no disparó contra una sombra.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

III

Las vistas

Ya terminaba la faena de la instalación de los trajes, galas, joyas y ropa interior y de mesa y casa, lo que nuestros padres llamaban *las vistas* y nosotros llamamos el *trousseau*, cometiendo un galicismo y tomando la parte por el todo. En el gran salón, forrado de bro-

catel azul, retirados los muebles, se había erigido, alrededor de las cuatro paredes, ancho tablero sustentado en postes de pino, cubierto por amplias colchas y paños de seda azul también, el color predilecto de la rubia novia; y simétricamente colocado y dispuesto con cierto orden que no carecía de simbolismo, ostentábase allí el lujo de la boda, los miles de duros gastados en bonitas cosas semiinútiles.

A lo largo de los tableros podía estudiarse, prenda tras prenda, no sólo el secreto del tocado íntimo de la futura señora de Granja de Berliz, sino de la vida común, la ya inminente vida conyugal. Los ojos curiosos se recreaban en las faldas de crujiente seda tornasol con volantes soplados como pétalos de flor fresca; en las enaguas, donde se encrespan las concéntricas orlas de espuma del encaje; en los pantalones y *suits* de forma indiscreta, con moñitos provocativos; en las docenas y docenas de camisas vaporosas y guarnecidas, de escote atrevido, ondulante; en los cubrecorsés, que repiten el motivo galante y gracioso de la camisa; en las luengas medias flexibles, de transparente seda palida, caladas allí donde las han de llenar las finas curvas del empeine y del tobillo, y se ha de adivinar la seda más delicada aún de la piel; en las batas salpicadas de lazos fosfos, blandos, de tejidos esponjosos y sin apresto, como arrugadas de antemano, lánguidas con voluptuosa languidez; en los corsés breves, moldeados, enrollados, y uno de ellos —el del día solemne— florido en su centro por

diminuto ramito de azahar... Y después, la ropa que ya pertenece al hogar, al menaje: las sábanas con arabescos de bordados primorosos ó con encajes de elegante diseño; las mantas que prometen dulce calor familiar en el invierno; las colchas de espesa seda, veladas por guipures, todo rebordado con cifras cuyo enlace significa el de las almas; las mantelerías brillantes, los caprichosos servicios de te de forma rusa, los infinitos refinamientos de la riqueza y del gusto, el derroche que se admira un día y pasa después á los armarios.

En maniqués se gallardeaban los vestidos, los abrigos, los sombreros; en varias mesas, dentro del gabinete contiguo, las joyas y la plata labrada, los velos y volantes, las sombrillas, los abanicos. Cuando las amigas y amigos convidados á la exhibición penetraron en las dos habitaciones y empezaron á cumplir su deber de deslumbrarse, envidiar, alabar alto y criticar bajo todo aquéllо, subía la escalera el novio, Cayo Granja de Berliz, uno de los buenos partidos que por espacio de ocho ó diez años de soltería militante se disputaron á alfilerazos varias señoritas de la corte, y á quien por fin había logrado prender en su red de oro Nina Valtierra. Red de oro, no sólo porque Nina era rubia, sino porque Nina tenía hacienda, brillante porvenir dorado.

Y sin embargo, á pesar de las ventajas y atractivos de Nina, Cayo, al ascender á casa de su novia, llevaba formada la resolución de romper el concertado enlace. Enganchado pri-

mero por ardides de coquetería y por esa insensible derivación de los sucesos que nos lleva adonde nunca pensamos ir; comprometido después por la misma virtud de lo dicho y hecho, que tantas veces no responde ni á lo sentido ni á lo pensado, Cayo, poco á poco, durante los meses de cortejo oficial, se había dado cuenta, con una especie de terror, de que *no quería* á su futura. Gustábale, eso sí; gustábale para la charla y el devaneo, para la some-rra intriga amorosa, para la superficie y la pellicula del sentimiento, que ni sentimiento llega á ser, bien mirado; pero había momentos en que, á aquella mujer que le gustaba, creía Cayo detestarla con todo su corazón, y de buen grado le diría la frase del hierro al imán: «Te odio más que á cosa alguna, porque atraes y no eres capaz de sujetar.» La tristeza y la preocupación que algunos más observadores notaban en Cayo, no tenían otro origen sino esta idea, que en vez de borrarse se alzaba de relieve, cada día más importuna, más tenaz, más torturadora. A nadie lo decía; á nadie se hubiese atrevido á confiarlo. Se reirían de él. ¡Vaya una ocurrencia! ¿No era Nina Valtierra una muchacha guapa, fina, lista, con caudal, de parentela ilustre, de tan buena reputación como las demás de su esfera y clase? ¿Qué tacha podía ponerle? ¿Qué requisito le faltaba? Y Cayo, sonriendo con amargura, se decía á sí mismo: «La tacha es mía. El requisito me falta á mí. Es que *no la quiero*. Y á ella también le falta esa divina quisicosa. Tampoco *me quiere*. Casarse, bueno; quererse..... no

nos queremos de ninguno de los modos..... ni siquiera del modo inferior. Ni aun disfrutaremos de la locura corta que termina en tontería muy larga. ¿Y por qué no lo he visto antes? ¿Que venda me cubrió los ojos á mí, que no estaba enamorado? Es—añadía Cayo disculpándose á sí mismo; en esto paran todos los soliloquios—que no me he fijado en que el matrimonio es cosa seria, la más seria de la vida. He ido á él como se va á una comida ó á un sarao. Ahora veo que no tengo derecho á casarme. Le diré la verdad á Nina. Es lo mejor..... Antes de saltar al precipicio, retroceder.»

No sin lucha se decidió Granja á realizar este acto de sinceridad inusitado. Adivinaba la extrañeza y los comentarios, el remolino de escándalo que levanta al desbaratarse una boda; presentía las reconvenciones de los padres; dolíale el bochorno de la novia. Con todo eso, iba determinado ya. Hablaría con lisura, francamente; haría todas las reservas y daría todas las explicaciones que pudiese apetecer el amor propio, hasta la vanidad de Nina; proclamaría la verdad á gritos, ó si era preciso la reemplazaría con la mentira más conveniente y discreta; se declararía arruinado, enfermo, vicioso, lo que quisiesen y le impusiesen; pero rompería la boda. ¡Ah sí: la rompería!

Y subía la escalera del bonito palacete de los Valtierra, detenido á cada peldaño por una felicitación, un apretón de manos, una frase de amabilidad de los que acudían á admirar las vistas ó se volvían habiéndolas admirado. Al

pronto Cayo no entendía; tardó en hacerse cargo del motivo de tantas enhorabuenas. Cuando acordó, sintió una especie de golpe allá dentro, parecido á brusco encontronazo con la realidad. ¡Las vistas! Sí, aquel día se enseñaban. ¿Tan pronto? ¡Sin duda se había adelantado la fecha! Nina decía la víspera riendo: «¡Quí! Ni en ocho días es posible que se exponga el *trousseau*. Falta una infinidad de cosas. Sólo por milagro...» El milagro estaba allí: el *trousseau*, completo, se exponía desde las tres de la tarde... y eran las seis. Aturdido, Cayo penetró, siguiendo la corriente de los extraños, en el salón azul, y miró alrededor con género de curiosidad, como se mira lo que no nos afecta personalmente. Le asombró la cantidad, la calidad de lo expuesto, y esta idea, que el novio no formulaba, se encargó de expresarla en alta voz Perico Gonzalvo el cual, tocándole familiarmente en el hombro á Cayo, dijo con énfasis:

—¡Chico! ¡Menuda sangría al bolsillo de los papás!

Sí, todo aquello debía de haber costado mucho: una atrocidad de dinero. Aunque los hombres, oficialmente, no entienden de trapos, el hábito y el roce de la sociedad les convierten en expertos y casi en modistos. Telas, guarniciones, cintas, bordados, pieles, se les presentan con su valor, con su cifra al frente: son dinero gastado. ¡Vaya sí se habían corrido en los preparativos de la boda! Nunca se acababa de ver preciosidades: lo murmuraban con halagüeño y suave *run-run* las señoras que iban desfilando, echan-

do por última vez los lentecitos de concha á los tableros cargados de magnificencias. Cayo sentía lo que siente, si es artista, el que va á destruir, á arrasar algo bello y suntuoso. Dos palabras de su boca, un «no quiero», y el soberbio *trousseau* queda inútil y perdido; materia explotable para las revendedoras. Esta preocupación aumentó al pasar al gabinete donde Nina, radiante, enseñaba á sus amigas regalos y alhajas. De los abiertos estuches, donde centelleaba la pedrería; de los reflejos lisos y fulgurantes de la plata; del sutil y elegante contorno de los abanicos abiertos, mostrando el incrustado varillaje y las artísticas pinturas del país; de los brazaletes que han de ceñir la muñeca; de las cadenas que han de rodear el cuello, se desprendía, se elevaba el concepto de algo definitivo, consumado, irreparable. Cayo pensaba oír cómo le decían los objetos: «Tonto, ¿pero tú crees que no te has casado ya? Reflexiona. Tanto como la bendición del cura, tanto como las fórmulas de la ley, y antes que todo ello, *casamos* nosotros. Las vistas son ya el matrimonio hecho y derecho; las cifras bordadas y entrelazadas de tu nombre y el de tu futura, no permiten que separeis vuestros destinos. No sueñes con romper lo que unieron modistas, sastres, diamantistas y bordadoras. Te acordaste tarde. Eres marido, eres consorte; se han realizado tus nupcias.»

Y Cayo, pensativo, oprimido el corazón, hizo un movimiento de hombros como quien dice «al agua», y, resuelto al consorcio, se acercó al

grupo, donde Nina le sonreía lo mismo que acababa de sonreír á los demás.

IV

Las Caras

Al divisar, desde el tren, de bruces en la ventanilla, las torres barrocas de Santa María del Hinojo, bronceadas sobre el cielo de un rosa flúido, el corazón del viajero trepidó con violencia, sus manos se enfriaron. El tiempo transcurrido desapareció, y la sensibilidad juvenil resurgió impetuosa.

Eran las torres «únicas» de aquella «única» iglesia en que el sacristán le había permitido repicar las campanas, admirar los nidos de las cigüeñas emigradoras, y cuya baranda había recorrido volando sobre el angosto pasamano, y mirando sin vértigo, con curiosidad agria, de mozalbete, el abismo hondo y luminoso de la plaza embaldosada, á cuarenta metros bajo sus pies.

Y también le emocionaba la plaza, con sus soportales y sus acacias de bola, y más allá el jardín, donde era un esparcimiento arrancar plantas y robar flores; y las calles y callejas tortuosas, los escondes sombríos de las plazoletas, hasta las innobles estercoleras, secularmente deshonradoras de la tapia del Mercado, le

poblaban el alma de gorjeadores recuerdos, todos dulces, porque, á distancia, contrariedades y regocijos se funden en armonías de saudades...

Seguido del granuja que llevaba la maleta, saltarineando á la coscojita los charcos menudos, el viajero apresuraba el paso, comiéndose con la vista los lugares, anticipando la impresión infinitamente más fuerte y honda de la primera cara conocida... Una de esas caras inconfundibles, distintas de las demás que andan por el mundo, ya que en ella hemos puesto lo íntimo de nuestro yo... Caras de compañeros de juegos y diabluras, caras de parientes formales y babosos que regalan juguetes y chupandinas, caras de maestros cuyas reprimendas y castigos son sonrisas para el adulto, caras de muchachas graciosas en quienes encarnaron los primeros ensueños, nada inmatereales, de la pubertad... Caras, caras... En algunas caras se resume toda vida de hombre.

Y el viajero, de antemano, saboreaba el esperado momento... Según avanzaba hacia el centro de la ciudad, cruzado el puente y traspuesto el barrio de las Fruterías, veía la supuesta, la fantaseada primera cara conocida que la casualidad iba á depararle, y que le iluminaba por dentro, como alumbraba la luna, embelleciéndolo, un páramo. Miraba afanoso á derecha é izquierda, á los balcones, á todo transeunte, registraba los soportales, de siempre misteriosa penumbra... Los paletos devolvían con insolencia la ojeada, los burgueses con curiosidad. Una muchacha se le rió en sus narices, provocándo-